

CAPITULO II

LOS ÁRABES EN BAGDAD

I

CIVILIZACIÓN DE LOS ÁRABES EN ORIENTE DURANTE EL CALIFATO DE BAGDAD

Las dos épocas más brillantes de la dominación de los Arabes son las del califato de Bagdad en Asia y del de Córdoba en España; pues como en breve quedó independiente el uno del otro, como ambos estaban separados por distancias considerables, y tenían la misma religión, el mismo origen y una lengua sola, progresaron paralelamente durante muchos siglos. Cuando el resto de Europa estaba sumido en la más negra barbarie, las dos grandes ciudades donde reinaba el islamismo eran dos focos de civilización que iluminaban al mundo con su deslumbrante esplendor.

El gran período de la civilización de los Arabes empezó así que terminaron sus conquistas; y la actividad que esta raza había desplegado primero en los combates, ahora la empleó en las letras, las ciencias y la industria; haciendo tan rápidos progresos en las artes pacíficas como los hicieron en las bélicas.

Hemos visto que Damasco había reemplazado á Medina como capital del imperio árabe, bajo los califas Omníadas. Cuando en 132 de la hégira (740 de J.-C.), los Abassidas llegaron al poder, determinaron cambiar de capital, fundando cerca de Babilonia, en el Tigris, la ciudad de Bagdad, que llegó á ser luego la más célebre de las ciudades de Oriente.

Ya no se hallan en Bagdad, como en Siria, monumentos de la época de los califas, pero las obras científicas y literarias que los Arabes de esa época han producido, como también las crónicas de sus historiadores dan bastante idea de su civilización en el siglo IX; y las indicaciones que vamos á añadir, completadas con los detalles que el lector encontrará en los capítulos

dedicados á la historia de las ciencias y de las artes, ilustrarán una parte importante de la civilización árabe, cuyo estudio no habíamos tocado en el capítulo anterior.

No llegó Bagdad al más alto punto de la prosperidad, ni fué la primera de las ciudades de Oriente, hasta el reinado de Harun-al-Ras-

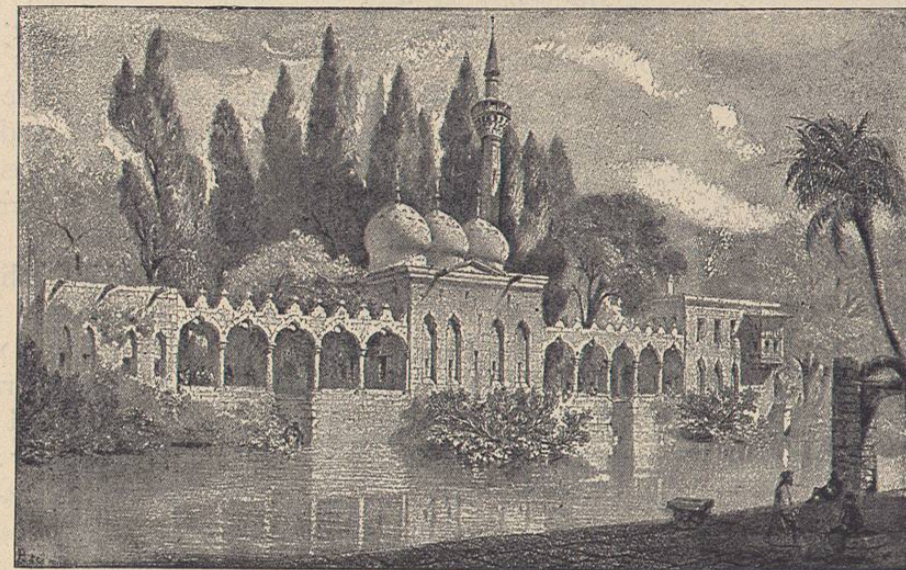


Escuela y maestro de escuela en Damasco

chid, el célebre héroe de las Mil y una noches (786-809 de J.-C.) y el de su hijo El Mamun (813-833). El nombre de Harun era célebre entonces en todas las partes del mundo conocido; y la Tartaria, la China y la India enviaban embajadores á su corte. El poderoso emperador Carlomagno, verdadero soberano del Occidente, que aunque reinaba desde el Atlántico hasta el Elba, no reinaba más que sobre bárbaros, encomendó á unos embajadores que le presentasen sus respetos, y solicitasen su protección en favor de los peregrinos que iban á Jerusalén. Concedió Harun la protección solicitada, y despachó á los embajadores con magníficos regalos, entre los cuales descollaban un

elefante ricamente adornado, animal completamente desconocido en Europa; perlas, joyas, marfil, incienso, tejidos de seda, y por fin un reloj que señalaba y daba las horas. Produjo esta máquina la más viva admiración en Carlomagno y en la corte semi-bárbara donde aquel grande hombre procuraba inútilmente resucitar la civilización romana. Sin embargo, nadie entre esa gente fué capaz de comprender el mecanismo de la obra.

Subió al trono Harún-al-Raschid á la edad de ventitres años, y se ocupó en seguida de organizar todas las partes de su vasto imperio. Un sistema regularizado de comunicaciones unió á todas las provincias de sus Estados; y relevos, que siempre estaban preparados, permitían á los correos llegar rápidamente á grandes distancias; organizó también un sistema de palomas viajeras, el cual funciona todavía hoy entre ciertas ciudades; y la dirección de correos



Mezquita de Orfa (Mesopotamia)

era entonces en Bagdad, como hoy en Europa, una de las primeras del Estado.

Cada provincia tenía un gobernador dependiente de la autoridad central; pero cuando las provincias eran lejanas, como el norte de Africa, esos gobernadores se elevaban á virreyes hereditarios, casi independientes de los califas, y más adelante llegaron á ser del todo libres.

La administración de las rentas del Estado se hallaba muy regularizada, y los recursos del imperio se componían principalmente de un impuesto personal, ó capitación, de una contribución territorial sobre los bienes raíces, de derechos de aduanas, de la renta de las tierras baldías, ó incultas, y de la explotación de las minas; todo lo cual, según las crónicas árabes, producía al califato 200 millones de pesetas, suma enormísima para aquella época.

La percepción de estas rentas estaba dirigida por una comisión, llamada diván. «El diván de la percepción de los impuestos, dice Ebn-Kaldun, se instituyó para vigilar la cobranza de las rentas del Estado, conservar los derechos del soberano, equilibrar los ingresos y los gastos, hacer el recuento de las tropas, disponer su con-

servación y pagar sus sueldos. En estas tareas sólo se emplea á los calculistas más hábiles, los cuales toman el nombre de secretarios del diván; dándose también el nombre de diván al edificio donde se reúnen todos los funcionarios.»

La administración del imperio se dividía en cuatro secciones, comparables á nuestros ministerios actuales: administración de la guerra; administración de contribuciones, encargada de formar el registro de las mismas; administración del personal, que tenía á su cargo el nombramiento de los cobradores de las contribuciones, y finalmente administración de cuentas, de rentas, y de la distribución de gastos.

Todas las determinaciones del califa eran escritas en registros y depositadas en los archivos á fin de que sus sucesores pudiesen consultarlas.

Los hilos de esta inmensa red paraban en manos del visir, especie de primer ministro, en cuya confianza los califas descansaban de los cuidados que trae consigo el poder.

Se había organizado la policía municipal con tanto cuidado como los servicios de correos y hacienda. Los mercaderes estaban colegiados

en sindicatos responsables, los cuales vigilaban las transacciones comerciales, y reprimían los fraudes.

El buen estado de la hacienda bajo los califas abassidas permitió á estos emprender grandes obras de utilidad pública, construyendo caminos, y edificando en todas partes caravanserales, mezquitas, hospitales y escuelas, particularmente en Bagdad, Bassorah, Mossul y otros puntos.

Tomaron también mucho vuelo la agricultura y la industria; adquiriendo los vinos de Ispahán y Scherad celebridad, y exportándolos á países remotos; establecieron fábricas de tejidos finos en Mossul, Alepo y Damasco; y explotáronse con método las minas de plomo, azufre, sal, hierro, etc.

La enseñanza pública estaba organizada con amplias bases: llamóse á todos los profesores célebres de cualquier parte del mundo que fuesen; cultivándose sobre todo la astronomía con tal perspicacia, que pudieron tocarse problemas que los europeos no han podido acometer sino en época moderna: por ejemplo, la medición de un arco del meridiano. Tradujéronse y estudiáronse en todas las escuelas, los autores griegos y latinos, sobre todo los de filosofía y matemáticas, haciéndose tan general el estudio de la antigüedad, como lo fué en Europa algunos siglos después.

Los Arabes emprendieron estos estudios, tan nuevos para ellos, con todo su ardor, multiplicando en todas partes las bibliotecas públicas, los laboratorios, las escuelas; y cuando en otros capítulos estudiemos los detalles de su civilización, veráse que realizaron en la mayor parte de las ciencias descubrimientos importantes.

El sumario que precede demuestra cómo muy poco tiempo después de sus conquistas, los Arabes habían llegado á un alto punto de cultura; mas como una administración sabia y unas artes tan complicadas como la explotación de minas, la arquitectura, etc., no se improvisan, y mucho menos ciencias tan difíciles como la astronomía; dedúcese de nuestro resumen que él solo basta á demostrar que no hicieron más que continuar una civilización existente ya antes de ellos; y que en las ciencias, en las artes, en los conocimientos administrativos, etc., siguieron á la civilización greco-latina, bien que haciéndola progresar mucho, en tanto que los Bizantinos, que se la trasmitieron, no habían sabido sacar de este precioso depósito ningún partido, y habían caído en la más triste decadencia.

El deseo de instruirse era tan grande en los Arabes que los califas de Bagdad se valían de todos los medios para atraer á su corte á los artistas y á los sabios más célebres del universo; habiendo llegado uno de esos califas á declarar la guerra al emperador de Constantinopla para obligarle á que permitiese á un matemático famosísimo ir á enseñar en Bagdad. Artistas, sabios y literatos de todas las religiones y orígenes, Griegos, Persas, Coptos y Caldeos aflúan á la gran ciudad, convirtiéndola en el verdadero centro intelectual del mundo; y El-Mamún, hijo de Harún, «consideraba á los sabios, dice Albufaradj, como seres designados por Dios para perfeccionar la razón; teniéndolos por las lumbreras del mundo, por los guías del género humano, sin cuyo concurso la tierra caería de nuevo en su primitiva barbarie.»

Rodeados de este modo, los califas de Bagdad podían tener su corte por la primera del mundo, como en efecto lo era, y al mismo tiempo por la más brillante. Podemos formarnos idea del lujo orientálsimo de Bagdad por la descripción que nos dejó el historiador árabe Abulfeda de la recepción de un embajador del emperador de Oriente en la corte de un califa abassida, el año 305 de la hégira.

«Todo el ejército del califa, puesto sobre las armas, formando la caballería y la infantería un cuerpo de diez y seis mil hombres, y los grandes oficiales, vestidos con sus trajes más brillantes, y jinetes en corceles relampagueantes de oro y pedrería, estaban formados en torno de su jefe supremo; veíase luego siete mil eunucos, entre los cuales había cuatro mil blancos; venían en seguida setecientos guardias de cámara; mientras que un gran número de chalupas y góndolas, decoradas del modo más rico, dejaban flotar sus banderolas en el Tigris. No había más que suntuosidades en todas las partes interiores del palacio; contábanse treinta y ocho mil tapices, de los cuales doce mil quinientos eran de seda bordada de oro; había también ventidos mil alfombras; el califa mantenía cien leones, con un guardián para cada uno; y entre otros refinamientos de un lujo maravilloso, no debe olvidarse el árbol de oro y plata con diez y ocho ramas, sobre las cuales, como si fuesen ramas naturales, se descubría toda suerte de pájaros, los cuales, lo mismo que las hojas, estaban hechos de los metales más preciosos. Este árbol se balanceaba como los de nuestros bosques, y entonces se oía el gorjeo de todos aquellos pájaros. Tal fué el apa-

rato al través del cual el visir condujo al embajador hasta el trono del califa.»

El poder militar de los califas de Bagdad estaba en relación con la importancia de su imperio; y podemos considerar hasta qué extremo lo respetaban las naciones extranjeras, recordando que los emperadores de Constantinopla, herederos del poder griego y romano, se veían obligados á pagarles tributo; y aunque procuraron sustraerse á ello, fué por demás. En efecto,

habiendo Nicéforo, sucesor de la emperatriz Irene, escrito al califa Harún-al-Raschid que no le pagaría más aquel tributo, recibió de este una contestación enérgica y concisa que prueba cuánto desprecio inspiraban entonces los débiles sucesores de los Griegos y Romanos: decía así:

«En el nombre de Dios clemente y misericordioso, Harún-al-Raschid, jefe de los creyentes, á Nicéforo, perro de Romano: He leído tu



Vista tomada en Bagdad

carta, hijo de infiel; y no oirás mi respuesta, sino que la verás.»

El perro de Romano la vió efectivamente, pues Harún devastó por completo las provincias sometidas á Nicéforo; y el emperador de Constantinopla debió continuar pagando un tributo al sucesor del profeta.

Los reinados de Harún y sus hijos son justamente considerados como la época culminante del poder político de los Arabes en Oriente: su imperio en Asia confinaba con China; habían rechazado á las tribus bárbaras de Africa hasta la Etiopía; y á los Griegos hasta el Bósforo; y en Occidente no tenían más límite que el Atlántico. En menos de dos siglos esas valientes tribus de la Arabia, á quienes la voz de Mahoma había fundido en un solo pueblo, llegaron á fundar un imperio tan grande como el de los Romanos, y este imperio era el más civilizado y temido del mundo.

Pero las grandes monarquías absolutas dependen siempre de los hombres colocados á su frente; y mientras estos son verdaderos ge-

nios como Harún y su hijo, prosperan; al paso que cuando las dirigen medianías caen mucho más deprisa de lo que se habían levantado.

Además quizá no bastara una dinastía de grandes hombres para conservar al califato su poder ante las disensiones que iban á nacer entre los Arabes de las diferentes partes del imperio, y ante la actitud amenazadora de aquellos pueblos á quienes por un momento habían logrado rechazar, sin destruirlos. La España árabe se había declarado independiente; los Berberiscos iban luego á reclamar su autonomía, y los Turcos que, con título de esclavos, formaban la guardia de los califas, habían de empezar dentro de poco á apoderarse, por medio de sus intrigas, del poder que un día llegarían á conquistar.

No se extinguió la dinastía de los califas abassidas de Bagdad hasta el siglo x; pero cuando desapareció de la historia, ya hacía tiempo que su poder no era más que una sombra.

Los Turcos, que al principio no habían en-